

Pero no tardó la piedad en sobreponerse á la ira, y dejándole abandonado y medio muerto:

—No merece un villano como vos, dijo, que malogre una empresa tan grande como la que voy á acometer. Pero vosotros que habeis presenciado este desahogo de mi indignacion, decid al obispo Fonseca, decid á todos mis adversarios, que estoy resuelto á castigarles del mismo modo que á este miserable si por medios infames y rastroeros tratan de desprestigiar mi nombre y de oponer obstáculos á mis proyectos.

Y volviendo á la embarcacion, mandó disparar el cañonazo de leva, y las seis embarcaciones entregaron sus velas al viento, que soplaba de un modo favorable.

Recogido Briviesca por sus amigos, fué conducido al lecho, donde no tardó en restablecerse.

No habia logrado sus designios, pero podia presentar el arrebató de Colon, como una prueba de su conducta tiránica en la colonia; por otra parte, era un empleado público, un agente de los reyes, y pensó que haciendo ver á los monarcas que Colon les habia ofendido en su persona, conseguiria su objeto.

Fonseca fué el primero que refirió á los reyes aquel suceso, lamentándose de que un hombre de la edad de Colon y de su importancia se hubiera rebajado hasta el punto de luchar brazo á brazo con un empleado de la colonia.

Mucho sintió la reina aquel suceso, y en la primera carta que enviaron los monarcas á Colon se lo dieron á entender.

Pero lo de ménos era esto.

Fonseca y los suyos, aprovechando aquel justo desahogo del hombre que tanto habia sufrido, redoblaron las calumnias contra él, y comenzó á prepararse la hoguera en donde habian de fraguarse las cadenas con que poco despues debia volver á España el que tanta gloria habia alcanzado para su patria adoptiva.

CAPITULO LI.

Descubrimiento de la Trinidad.



UNDADO en los conocimientos que habia adquirido, renunció Colon en su tercer viaje á tomar el rumbo que habia seguido en el primero, y se encaminó hácia el cabo de las Islas Verdes con el objeto de investigar hácia el Sudeste, hácia la zona equinoccial, virando despues al Occidente, para llegar á la Española á favor de los vientos constantes que reinaban en aquella parte del Océano.

En sus anteriores viajes, y sobre todo al costear al Sur de Cuba, observó que se extendia más hácia el Sur, y de este dato, y de los informes que habia adquirido, dedujo que habia al Mediodía de los países descubiertos una gran extension de tierra firme.

Pensaba Colon con este motivo que cuanto más se acercase al Ecuador, la influencia abrasadora del sol le proporcionaria en los países que descubriese productos fecundizados por su vivificante luz y piedras preciosas, idea en que le confirmó una carta que de órden de la reina le habia escrito Jaime Ferrer, inteligente lapidario, que habia visitado, en busca de piedras y metales preciosos, el Levante, varios parajes del Oriente, y conversado con los mercaderes de Asia y Africa.

Este artífice aseguraba á Colon que el oro, las piedras preciosas y las especias se hallaban particularmente en las

regiones de la zona equinoccial, razón por la cual no las encontraría en abundancia hasta explorar aquellas latitudes.

Caminando hacia el Sur pensaba el almirante que realizaría su propósito.

A poco de abandonar el puerto supo que una escuadra francesa cruzaba á la sazón por el cabo de San Vicente.

Desde el punto en donde estaba se dirigió á las islas de Puerto Santo y Madera, donde tomó leña y agua en abundancia, y prosiguió su viaje á las Canarias.

El 19 de Junio llegó á la Gomera, y el 21, dividida su escuadra, envió tres buques directamente á la Española con provisiones y noticias suyas para sus hermanos.

El mando de uno de ellos lo confió á Alonso Sanchez de Carvajal, marino intrépido y hoarado, natural de Baeza, que le habia sido muy recomendado por Inés, por haber sido uno de los mejores amigos de su esposo Beltran.

El mando del segundo buque lo confió á Pedro de Arana, pariente de su esposa doña Beatriz, y primo del Arana que pereció en la fortaleza de la Navidad sorprendido por Caonabo.

El mando del tercero lo dió á Antonio Colon, su pariente, y dispuso que mandasen alternativamente, por semanas, cada uno de ellos.

Se despidió de ellos, y con los otros tres bajeles que le quedaban prosiguió su viaje al cabo de las islas Verdes.

Al llegar á los trópicos la variación de clima produjo en el almirante un violento ataque de gota seguido de calentura.

No por esto dejó de hacer diarias observaciones y de dirigir el movimiento de la pequeña escuadra.

Permaneció algunos días á la vista de las islas Verdes, cuya esterilidad le aterró, y el 5 de Julio se puso en marcha hacia el Sudoeste, con ánimo de llegar hacia la zona equinoccial.

El aire no era favorable, y las embarcaciones estuvieron dos días á la vista de la isla de Fuego.

Prosiguiendo al Sudoeste, recorrió unas ciento veinte leguas, y el 13 de Julio se encontraba en el quinto grado de latitud Norte.

Penetró en la región conocida por los marinos con el nombre de latitudes calurosas.

Los vientos constantes del Sudoeste y del Noroeste producen allí una gran calma, y el mar parece una balsa de aceite, y mientras las nubes permanecen inmóviles, los que van á bordo sufren las consecuencias del calor que produce un sol que cae sobre ellos á plomo, sin que el más leve soplo de la brisa venga á facilitar su respiración.

Los marineros, lo mismo entonces que hoy, temen entrar en este espacio del Océano, porque á veces tienen que permanecer semanas enteras en aquella inmovilidad, que se asemeja á la muerte.

Ocho días tuvo que permanecer Colon allí.

No se respiraba aire, sino fuego.

La brea se ardia.

Las juntas de los buques se abrian.

La carne salada se estropeó.

El trigo se quemó.

Los barriles de agua y de vino reventaron unos y se vaciaron otros.

Natural era que se agravase la dolencia de Colon en aquel clima.

Por fortuna se levantó una ligera brisa.

Pero los buques estaban muy estropeados, las provisiones escaseaban, y tuvo Colon que renunciar á su propósito para tomar el rumbo del Occidente, á fin de hallar pronto tierra.

Sin embargo, trascurrieron muchos días sin que se realizasen sus esperanzas

El estado de los tripulantes era tan lastimoso, que deseando Colon encontrarse en la longitud de las islas Caribes, viró al Norte para detenerse en alguna de ellas, reparar los buques y encaminarse en seguida á la Española.

Llegó el día 31 de Julio.

No se veía tierra ni síntomas de hallarla pronto.

Al amanecer no quedaba más que un barril de agua en cada buque.

La ansiedad de los marineros era horrible.

La situación de Colon sólo nuestros lectores, que la conocen ya, pueden comprenderla.

El agua estaba más defendida que el oro en las ciudades modernas.

A cosa de las doce de la mañana un marinero, llamado Alonso Perez, que se hallaba en las gavias, descubrió en el horizonte las cumbres de tres montañas.

—¡Tierra!... ¡Tierra! gritó.

Al oírle, los tripulantes se animaron.

Las embarcaciones avanzaron, y Colon observó que las tres montañas se unían en su base.

Aquellas tres montañas, unidas en una, impresionaron á Colon.

Instantáneamente pensó en la Trinidad, y bautizó á aquella isla con el nombre que conserva en el día.

CAPITULO LII.

Impresiones de viaje.

Los achaques que padecía Colon y el deseo de llegar pronto á tierra, le hicieron dirigir la proa á la isla, y llegó á su extremo occidental, al que dió el nombre de puerto de la Galera, por tener una roca que desde léjos parecia un modelo de esta clase de embarcaciones.

Buscó desde luego un sitio seguro donde echar el ancla, y necesitó andar algunas leguas sin hallarle.

Al siguiente día, 1^o de Agosto, continuó navegando por la costa en busca de agua.

El paisaje que se presentó á sus ojos le sorprendió y le deslumbró.

Creía, por hallarse cerca del Ecuador, que los rayos vivificantes del sol tendrian abandonadas aquellas campiñas.

Y sin embargo, se presentaron á su vista arboledas espléndidas, palmeras elevadas y lozanas, ricas selvas, cuyos últimos árboles parecían bañar sus ramas en el mar.

Aunque las costas eran bajas, en el interior se elevaba el terreno y se descubrian de trecho en trecho pintorescas aldeas, y sembrados que revelaban el trabajo del hombre.

Sin embargo, las playas estaban desiertas y no se veía un alma viviente en torno de las habitaciones campestres.

Era tan suave la temperatura de que allí se gozaba, tan risueños los horizontes que se descubrian, que parecia á los tri-